

Andalucía: la corrupción ha muerto, viva la corrupción

(El Confidencial, 11 de septiembre de 2013)

Por lo que se intuye, en el inexorable proceso orwelliano de destrucción del país programado por la generación política subsecuente a la Transición, hemos entrado de lleno en el Plan C. El plan A fue la filigrana de conseguir la evolución de una estructura de poder dictatorial contra la voluntad del pueblo hacia otra traída y aceptada por el propio pueblo. La dictadura democrática no es un oxímoron político, sino un sistema clientelar en el que la dominación del partido único es sustituida por la dominación de los partidos a secas, que no admite otra forma de participación cívica que no sea a través de sus propias organizaciones cerradas. Lo de abrirse a la ciudadanía no deja de ser una milonga recurrente cuando caen los chuzos de punta.

El Plan B consistía en sacar provecho privado de ese sistema clientelar. El control público del poder ha quedado reducido a un voto depositado en una urna antes de tirar de la cadena, pero ese gesto, con su escarnecedor ceremonial, ha bastado para legitimar una corrupción institucional de la que no se ha salvado ni una sola instancia, ya sea económica, política o social. Ante el saqueo de las arcas públicas perpetrado por la banca, los partidos y los sindicatos, un país cuya clase media empieza a rebuscar en los contenedores no sabe de qué indignarse más: si de la magnitud de lo robado, de la aparente normalidad del latrocinio o de los apaños que se urden para burlar la acción de la justicia cuando ésta se ha dignado actuar.

Y el Plan C, en el que estamos, consiste en celebrar el ritual purificador de estos pecados, pero no mediante la confesión pública que precede al perdón, ni mediante un examen de conciencia que condujera a un regeneracionismo a lo Joaquín Costa, sino por el simple recurso al relevo generacional, como si la juventud, por sí sola, conjurara el peligro de cometer las mismas fechorías.

La primera fase de este Plan C se vislumbra en el discurso de investidura de Susana Díaz como Presidenta de la Junta de Andalucía en sustitución de José Antonio Griñán: aire joven para las mismas vaguedades biempensantes que nutren una concepción lampedusiana de la política. Así, la nueva Presidenta declaró estar avergonzada de la corrupción, aunque nadie esperaba que se vanagloriara de ella. Como consecuencia apuntó una batería de medidas de estrecha fiscalización y control de la mangancia de los cargos públicos transitando por un terreno minado, pues circunscribir la corrupción a ellos no sólo supone la implícita aceptación de su escandalosa existencia durante todo el tiempo que su partido ha gobernado la Junta, sino también la de un apego irreprensible de la clase política hacia la apropiación indebida de bienes públicos, lo cual, en su generalización, no es precisamente justo.

Pero la verdadera corrupción es otra, ubicua, difusa y estructural: la de la urdimbre político burocrática que, so pretexto de regular los más nimios derechos ciudadanos ha generado una barahúnda normativa, espesa y contradictoria, de forma que el espacio de la política- el libre espacio de la ciudadanía- ha sido ocupado por los celadores de las reglas, convertidos así en los verdaderos dueños del poder y garantes de su perpetuación. El saneamiento democrático exigiría desvelar la perversión que entraña

este abuso de las nobles causas para consolidar unos privilegios estamentales que tienen bloqueada a Andalucía en la cola de todos los indicadores socioeconómicos. Se apocaron las ideas y crecieron los reglamentos en un pacto de conveniencia: el político estaba excusado de tener ideas- con lo difícil que es tenerlas- suplidas por el escudo de la norma, interpretada por un burócrata de cuarta categoría al que se le abría la fascinante posibilidad de ejercer el verdadero poder desde la trastienda del sistema al grito de: ¡entorpezco, luego mando!

Así que, de corazón, mucha suerte, señora Presidenta, pero si quiere usted realmente acertar con el meollo de la corrupción y sacar a Andalucía de su marasmo, no mire sólo en los bolsillos de sus Consejeros sino en las papeleras de su hipertrofiada administración.

Salvador Moreno Peralta

smparquitectos@gmail.com